

Honor, dulce soberana,
Honor tan sólo os pedimos,
Y brotarán prontamente
Los frutos apetecidos.
Tal del amor venturoso,
Con que vuestro Real cariño
Paga el mejor de los reyes,
Nos prometemos rendidos.
Un día vendrá, sin duda,
En que eleven al Olimpo
Las Musas vuestro renombre
Victorioso del olvido.
¡Oh! llegue luego este día,
Y todos agradecidos
Cantarémos, oh gran Reina,
Vuestros altos beneficios.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

LAS RUINAS DE ROMA (1).

POEMA LÍRICO-DIDÁCTICO (2).

Suis... ipsa Roma viribusruit...
Barbarus, heu, cineres insistit victor et urbem,
Eques sonante verberabit ungula.
Horat., *Epod.*, od. xvi.

Salve, suelo glorioso; eternamente
La nave voladora que á adorarte
Me ha conducido fiel, guarde clemente
El dios del gran tridente.
Salve, gran Roma; salve, hija de Marte.
¡Cuál mi mente sublimas,
Oh honor del universo, al contemplarte
Aun desatada en polvo! Me parece
Que en esta noche silenciosa animas
Los siglos muertos, y de nuevo crece
De entre esas piedras tu perdida gloria,
Y á ser vuelves metrópoli del orbe.
Aquel monte, de escombros erizado,
Sobre mi patria espera otra victoria,
Y quiere que otra vez el mundo encorve
Bajo tu yugo el cuello esclavizado.
Aquel hogar soberbio, aunque posurado,
Del domador del Africa es la cuna;
Y al tímido reflejo de la luna
Miro sobre estos inclitos fragmentos
Augustas mil brillar sombras triunfales,
Que, de tu gloria al ver los monumentos
Rotos yacer, con lúgubres lamentos
¡Oh ciudad infeliz! lloran tus males.
¡Así cayó el imperio que, afirmado,
Sobre más hondo asiento se elevaba
Que la estrellada cumbre del Atlante!
No fué, no, ¡oh Roma! por favor del hado

(1) El presente poema fué impreso en Madrid en 1808 (Imprenta de Repullés), y más adelante en Londres. En 1857 fué reimpresso en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla, con la siguiente nota:

«Esta composición, casi desconocida de los amantes de las letras, es acaso, por su importancia y mérito artístico, la más notable de cuantas nos ha legado el señor DON MANUEL MARÍA DE ARJONA, doctísimo canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba. El ilustre fundador y presidente de la academia *Horaciana* y de la de *Letras Humanas* de Sevilla, á que pertenecieron y en que se formaron los Núñez, Reinosos, Blancos y Listas, lumbreras de nuestro moderno Parnaso y restauradores de la olvidada y sabia escuela de los Mal-laras y Grónes, demuestra desde luego en tan acabado trabajo su gran talento, su vasta erudición, sus relevantes dotes para la poesía y su exquisito gusto.» (Nota del Colector.)

(2) Algunos han extrañado que yo haya intitulado esta composición *poema lírico-didáctico*; mas las composiciones de alguna extensión se llaman *poemas*; las que tienen el vuelo y giro atrevidos, *líricas*; y las que enseñan alguna cosa, como fin peculiar de su lectura, *didácticas*. En cuanto á lo primero, no me parece muy corta esta obra; por lo que mira á lo segundo, he querido que su vuelo sea lírico; y por lo que toca al tercer punto, me he propuesto demostrar que Roma, como todos los imperios, *suis ipsa viribusruit*; demostración realizada sólo, por motivos no difíciles de adivinar, con los hechos que constan de los escritores antiguos. (Nota del Autor.)

Toda la tierra de tu cetro esclava;
Tú, sabia, tú, constante (3),
Fuiste tus hados sola. ¡Cuántas veces,
Con furor obstinada en tu ruina,
Tiró al fin la Fortuna su guadaña,
Y clamó con espanto: «Tu escarneces,
¡Oh gran ciudad! mi potestad divina
Y yo cedo admirando tanta hazaña!»
Vencer así la diosa tus furoros
Te ve, cuando á las bárbaras cuchillas
Se ofrecen tus inermes senadores
Con triunfal toga en las curules sillas (4).
Del cielo entonces descendió piadosa
La alma virtud, que reengendrarte pudo
De tu ceniza funeral, y armado
Tu brazo deja de invencible escudo:
¡Cuánto ¡ay! debes guardarlo respetosa!
El tu vida será, cuando arrojado (5)
El gran hijo de Amílcar te amenace
Impia desolación. Ya en Trasimena,
Ya en Trévia y Canna tu poder deshace;
Ya desde la alta almena

Llora al ver la matrona estremecida
La africana bandera,
Y los tostados rostros considera
Del fuerte ibero y del veloz numida:
Ya la Italia en tu muerte se conjura,
El mundo te desprecia antes domado,
Cuando tú sola, en tu virtud segura,
Del campo por Anibal ocupado,
Cual, ya rendida el Africa, dispones
Y mandas, atrevida, que al remedio
Vuelen de las Españas tus legiones,
Sin respetar el animoso asedio.
Mas ¡qué teme la patria (6), que enriquecen,
En los riesgos, más pródigas las manos
De sus todos amantes ciudadanos?
¡Oh Anibal! Si los Alpes te obedecen,
Roma, que armada de virtud te espera,
Más firme es que los Alpes y más fiera.

Y de tus hijos, Roma, siempre amada,
Los vieras siempre intrépidos soldados,
Siempre al fragor de la trompeta osada
Ardiera en gloria tu guerrero fuerte,
Que mirara su pérdida en perderte;
Ni, cuando de un Atila amedrentados
Cedieran tus invictos escuadrones,
Si antes por tí no fueran desarmados?
¡Quién ¡ay! rompió los sacros eslabones
De tu justicia? El hizo nombre vano
El nombre de la patria, y por la gloria
De Roma no se inflama ya el romano.

Tú, que al vulgo vedaste de la historia
El velo penetrar, númer divino,
Tus misterios descubre ante mis ojos
Y de mal tanto muéstrame el origen....
Ya miro el Capitolio y Aventino (7)
En vuestra sangre generosa rojos,
¡Oh Gracos desgraciados!
Ya mi turbado corazón afligen
Los clamores al cielo levantados
De la plebe infeliz. ¡Dioses! ¡Qué furia
Tartáreos fuegos en la curia vierte?
¡Qué! infieles senadores, ¡ya os injuria
Quien las antiguas leyes os recuerda!
¡Leyes santas, que así templar la suerte (8)

(3) Tú sabia, tú constante, etc.

Véase la introducción de Livio. (Nota del Autor.)

(4) Con triunfal toga en las curules sillas.

Puede verse la guerra de los galos en el libro v de Livio. (Idem.)

(5) El tu vida será cuando arrojado, etc.

Liv., lib. xxvi. (Idem.)

(6) Mas ¡qué teme la patria, etc.

Liv., libros xxiv, xxvi y xxxi. (Idem.)

(7) Ya miro el Capitolio y Aventino, etc.

Entre las diversas opiniones de los mismos escritores antiguos acerca de los Gracos, hemos escogido y seguido en todo lo de Plutarco, *De vir. illust.* (Idem.)

(8) Leyes santas, que así templar la suerte, etc.

La división de tierras propuesta por los Gracos era muy conforme á las leyes romanas, establecidas desde los antiguos tiempos, y siempre repetidas; por lo cual la propuesta de Tiberio fué aprobada por los hombres más célebres de Roma, como refiere Plutarco. De estas

De sus hijos quisieron, que ni el pobre
La romana altivez postrado pierda,
Ni fuerza tanta el poderoso cobre
Que de la ley burlar pueda el imperio!
¡Leyes que la virtud dictó algún día
Cuando á vuestros decretos presidial
Ya por ellas escucho de Tiberio
La voz ardiente con que al rayo imita,
Que el roble abate, aterra la montaña,
Y, en todo, incendio general excita;
Y vuestros pechos pífidos y avaros
Quemarse miro de traidora saña,
Oyéndole, invencible, así clamaros:
«Las fieras por los montes esparcidas (1)
Tienen ¡oh senadores! sus guardas;
Mas ¡qué disfruta el ciudadano fuerte
Que corre por nosotros á la muerte?
Sólo el aire y el sol le es permitido,
Que los ricos robarle no han podido,
Sin hogar, sin asilo, anda vagando,
Y mustia su familia lo acompaña,
Un mezquino sustento mendigando.
¡Cuán sin pudor su general lo engaña
Cuando á arrostrar le exhorta los combates
Por su patrio sepulcro y sus penates,
Si ni altar propio ni sepulcro goza
El ciudadano ya, si ante sus ojos
El arado del rico le destroza
De su padre los miseros despojos!
Si los horrores sufre de la guerra,
¡Por quién lo hace? ¡Infeliz!... Pueblo romano,
¡Rey te llamas del mundo, cuando en vano
Una yugada pides en la tierra?»

Así la Fama, con clarín triunfante,
A los siglos y gentes ha llevado
Tus palabras, Tiberio, que espantado
Aun oye resonar el caminante
Del Capitolio sobre la alta cima,
Inspirando rencor y horror eterno
Contra todo tiránico gobierno.
¡Y el senado sacrilego se atreve
A derramar tu sangre sobre el suelo
Que á tus virtudes debe
Veinte mil ciudadanos, cuando airada
Sólo por tí Numancia se apiada
Y á tu patria perdona tanto duelo!
¡Así la gratitud, fiero senado,
Así las leyes burlas? ¡Qué! ¡sujeto
Ya está el tribuno á tu puñal airado?
Y ¡ésta es la libertad y éste el respeto
Que á los sacros tribunales has jurado?
Ya, triste Roma, por la vez primera
Decidieron las armas en tu foro,
Principio infausto de tu eterno lloro,
Que ya, ya el Tiber asustado espera;
El Tiber, que á sus ondas fieramente
El cuerpo de Tiberio ve arrojado,
Y parando su rápida corriente,
Lo abraza, en tiernas lágrimas bañado;
Y al cielo alzando el rostro venerable,
Es fama que clamó: «¡Ya ¡oh cielo! escrita
Miro en tí la sentencia irrevocable
Que á Roma de su sólo precipita.»

La precipita, y ella de su cumbre
Con impetu violento se desprende,
Cual peñasco de horrenda pesadumbre
Por entre rotos árboles descendiendo,
Y cayendo en el mar con golpe grave,
De nuevas ondas crespas el Océano,
Que hacen vibrar á la remota nave.
¡Ah! que tu esfuerzo generoso es vano;
No evitarás, oh Cayo, la ruina
Que á Roma avara Júpiter fulmina;
Ni emules más á tu glorioso hermano;
Que si de tus benéficos intentos

Leyes habla frecuentemente Livio en todo el curso de su historia. (Nota del Autor.)

(1) Las fieras por los montes esparcidas, etc.

En un poema directamente didáctico no hemos creído tener libertad para añadir ni quitar á la arenga de Tiberio, referida por Plutarco, más de lo que precisamente requería la índole de una obra poética. (Idem.)

Ornan la Italia ilustres monumentos
Y á esfera digna elevas al romano,
El orgullo patricio no se doma
Con tus armas de paz, y el solo fruto
Será aumentar los crímenes de Roma.
¡Oh! ¡cuán acerbo luto
Dejas á tu familia conturbada!
Mira la angustia que Licinia muestra (2),
Sobre su rostro exámmé pintada;
Mírala en el umbral arrodillada,
Con una mano contener tu diestra,
Y sujetar con la otra la infelice
Prenda de vuestra union, y «¡adónde armado
Vas de sola virtud ¡oh esposo! (dice)
Cuando el sangriento Opimio y el Senado
Bajo la toga esconden las espadas?
No esperes ya en las leyes despreciadas,
Ni en los dioses, que vieron indolentes
Perecer á tu hermano. ¡Oh! ¡si siquiera
Muerte gloriosa entre enemigas gentes
Armado hallases; que Numancia fiera
De Tiberio el cadáver nos cediera;
Y Roma lo negó. ¡Ah! ¡Y yo á los mares
Iré á pedir el tuyo? ¡Desgraciado!
Ya que en mi desventura no repares,
Ten piedad de tu hijo, abandonado
Al furor y venganza del Senado.»

Dice; y tu firme pecho se estremece
Cual los senos de Lipari encendidos
Cuando truenan con hórridos bramidos;
Pero su imagen lagrimosa ofrece
A tu vista la patria, que te llama
A socorrerla en su conflicto triste
Y morir en los brazos de la Fama.
Fuego sagrado el corazón te inflama,
Y á la naciente compasión resiste,
Cual firme roca al impetu marino.
Cae Licinia en tierra sin aliento,
Y tú, guiado del fatal destino,
Te arrojas con intrépido ardimiento
Ante el fuego que críe al Aventino.
Renueva ¡oh sacro Tiber! tu lamento;
Ya otra vez ¡ay de tí! la sangre y gloria
De los claros Scipiones se profana (3),
Y de un heroico padre la memoria,
Que á los triunfos y fasces consulares
Nombre menor debió que á su justicia;
Y tú, oh modelo de virtud romana
Y premio de virtud, si á la avaricia
Tus hijos recordares
Torpemente inmóviles, no los llores;
No los llores, Cornelia, que no tarde
Roma los llorará; Roma, cobarde,
Que á Opimio absuelve (4); Roma, que entre hor-
De sangre de sus hijos en torrentes [rores
Lo ve aumentar del Tiber las corrientes;
Roma, que de sus fuertes defensores
Mira tres mil sobre las ondas muertos;
Y tú también los lloras, que, indignada,
Tus templos dejas ¡oh virtud! desiertos,
Y buscas, fugitiva, otra morada.
Huye, pasa los Alpes, é ilumina
Naciones ignoradas; huye, ¡oh diosa!
Que Roma sólo te prepara insultos.
Ya há tiempo que, atrevida y codiciosa,

(2) Mira la angustia que Licinia muestra, etc.

Algunos sujetos, cuyo juicio aprecio, han juzgado inútil y de pequeña consideración en este poema el personaje de Licinia y su arenga á Cayo, aunque referida por Plutarco. Pero cuanto más lo he meditado, más me he apartado de su opinión. Si el personaje de Cayo no es inútil despues del Tiberio porque hace ver más y más la obstinada corrupción de Roma, ¿cómo se tendrán por ociosas las persuasiones de Licinia, que hacen resaltar tan gloriosamente las virtudes de su marido y aumentarse el odio á sus perseguidores? (Nota del Autor.)

(3) ... la sangre y gloria

De los claros Scipiones se profana, etc.
Acerra de las virtudes de Graco y de su casamiento con Cornelia en premio de ellas, además de Plutarco, puede verse á Livio, libro xxxviii, y siguientes. (Idem.)

(4) ... Roma cobarde,

Que á Opimio absuelve.
Floro, lib. lxi. (Idem.)

Tus leyes abomina,
Y despreciando tus severos cultos,
Entrada, incauta, diera al blando vicio,
Que ahora la arrastra fiero al precipicio.
¡Oh Roma! presagiarlo así debías
Desde que el freno rígido abandonas (1),
Y de Catón permites que en tu foro
Triunfe la vanidad de las matronas.
Ya á competencia templos al decoro (2)
No elevan las plebeyas y patricias;
Que el dios á quien se postran es el oro.
Ya en la copa mortal de las delicias
Tu muelle juventud sedienta bebe,
Y los padres se enervan y la plebe.
En hora infausta al Asia conquistáras (3),
Que el venenoso vaso te propina;
Tú de ella triunfas, y ella te domina;
Perceces, y en tu muerte no reparas.
Ya tu dominio es grave al forastero (4),
Y tu feroz codicia despedaza
Los pueblos que te infaman en tu plaza.
Acuérdate que el héroe de Cartago (5)
Cisne te fué, al morir, de triste agüero,
Que á tu virtud vaticinó el estrago.
Y bien vengar sus indignados manes
El Africa verá, cuando profanes
Tanto tu sacro honor, que osadamente
Un rey numida cual venal te afrente (6),
Y digno llegue á ser de tus afanes;
Que ya tu ruda y firme fortaleza,
Entre duras costumbres engendrada,
Al halago traidor de la riqueza
Fallece dulcemente emponzoñada.
Tal mar que fiero contra escollos truena,
Y al cielo espumas con furor levanta,
Lentamente su cólera quebranta
Sobre la blanda arena,
Mas si del enemigo tu vil mano
Tiembra, ¡oh codicial victoriosa esgrime
El puñal contra el débil ciudadano;
Y, ya sin freno, tu ardimiento insano
Rompe la ley, al magistrado oprime,
Y ante tu trono, diosa enfurecida,
Muere el honor, que en tus coyundas gime,
Muere la patria, que el honor olvida.
¡Virtud amable! Cuando fué tu imperio
Alma de Roma en sus mejores días,
Y la riqueza á límites ceñías,
Que ni el rico comprar el cautiverio
Del triste pueblo y de la patria osára (7),
Ni por el hambre, torpe consejera,
El pobre pervertido, al poderoso
Su brazo y voz vendiera,
Era Roma á sus hijos madre cara,
Madre imparcial, que sólo al virtuoso
Ofreciera el favor de sus comicios.
Fueron á Roma entónces sacro ejemplo
Los pobres y magnánimos patricios (8),

(1) Desde que el freno rígido abandonas, etc.
Liv., lib. XXXIV, al principio, donde trata de la abrogación de la ley Oppia; aunque, como han observado hombres muy sabios, quizá la única reflexión errada de Livio en toda su historia haya sido la de tener esta contienda por de poca consideración. (Nota del Autor.)
(2) Ya á competencia templos al decoro, etc.
Liv., lib. X. (Idem.)
(3) En hora infausta el Asia conquistáras.
Liv., lib. XXXIX. (Idem.)
(4) Ya tu dominio es grave al forastero.
Liv., lib. XLII; Floro, lib. XLVII. (Idem.)
(5) Acuérdate que el héroe de Cartago, etc.
Liv., lib. XXXIX.
(6) Un rey numida cual venal te afrente.
Floro, lib. LXIV. (Idem.)
(7) Del triste pueblo y de la patria osára, etc.
Puede verse en Livio que ésta era ley fundamental de Roma; por lo cual se inculca segunda vez su importancia en este poema. (Idem.)
(8) Los pobres y magnánimos patricios, etc.
De Agripa trata Livio, lib. II; de Cincinato, lib. III; de Camilo, libros V, VI y VII; de Régulo, Floro, libros XVII y XVIII; de Scipión Asiático, Livio, lib. XXXVIII, al fin; de Curio Dentato, Floro, libros XI y XIV, y de su pobreza; Ciceron, en el *Caton Mayor*; de L. Emilio Paulo, Floro, lib. XLVI, aunque este compendiador omite el hecho (por otra parte muy constante) de haber llevado jóvenes de las naciones gobernadas por Paulo, de las cuales fué la España, su cadáver á la hoguera, en señal de reconocimiento á sus virtudes. (Idem.)

Cuya gloria eternizas en tu templo.
Allí del tierno Agripa resplandece
El sepulcro, y tu arado, ¡oh Cincinato!
Allí, cual palma victoriosa, crece
El nombre de Camilo, que conquista
Por virtud sola, y de su pueblo ingrato
Es única salud; allí, á mi vista,
Cartago, á tu pesar Régulo vive,
Y en suma, que no goza, condenado
El vencedor del Asia se ve al lado
Brillar de Curio. Y tú también recibe
De mis versos ¡oh Paulo! algún tributo,
Que del grato español te acuerde el luto.

Vosotros, claros héroes, despreciando
De virtuosas leyes al influjo
La vil tranquilidad del ocio blando
Y la ignominia espléndida del lujo,
Amásteis sólo estériles honores;
Inflamásteis la plebe, y la contienda
Que inspiráras tal vez breves furoros,
Con duradero bien su daño enmienda.
Que, como el astro rey del firmamento
La luna de sus rayos enriquece,
Así en émula gloria resplandece (9)
La plebe, que en Duilio el escarmiento
De tiranos da á Roma, y el dechado
De templada equidad, que al consulado
Honrar mira sus inclitos varones;
Que ve triunfar su dictador primero
Del Etrusco y de Roma; y las legiones,
Victimas ya del enemigo acero,
Salvar sus Decios, hostias voluntarias;
Y cuando vuela Aníbal sin recelo
De Roma ya postrada, el gran Marcelo
Cortar sus esperanzas temerarias.
De tan clara virtud copias felices
Roma muchas gozó, sagrado fruto
De la altivez que al pueblo inspira Bruto.
Y cuando á tus patricios contradices,
Dos veces triunfas, plebe virtuosa,
Que el imperio les cedes generosa,
Después que á tus magnánimas porfías
Aspirar á las fasces ya podías.
¡Qué más! Cuando tres veces refugiada,
A tu mismo furor sólo temías,
Huyendo de victoria ensangrentada,
¡Oh confusión! senado, no es la plebe
La que la guerra asoladora mueve;
La centella que incendios ha sembrado
Contra Roma, ha partido de tu seno,
Y de la atroz discordia está entrañado
Por tí en los siete montes ya el veneno.
Volcanes ¡ay! serán tus siete cumbres,
Que sobre tí desolador incendio
Ya abortar miro ¡oh Roma!... Tus costumbres,
Tus avaras costumbres ya reciben
¡Oh senado críel! digno estipendio.
Ve morir tu ciudad: horror, espanto
Ya sus calles sombrea, y se perciben
En los Alpes los ecos de su llanto.
Ya Sila, rayo de orfandad, abrasa
Los restos que perdona el brutal Mario,
Y á cuantos no lo adoren sanguinario.
César, resuelto, el Rubicon ya pasa;
Los héroes abandona el pueblo ingrato,
Que lo redimen de opresor injusto;
Ya en Bruto pierde la virtud su asilo
Y gime bajo el fiero triunvirato;
Arde la guerra desde España al Nilo,
Y victorioso Augusto,
Esclava Roma la piedad pregona
Del que, sin enemigos, ya perdona,
Ya, infiel senado, el nombre de Tiberio (10),

(9) ... En émula gloria resplandece la plebe.

Acerca de Duilio véase á Livio, lib. III; de Marcelo, primer dictador plebeyo, habla el mismo historiador, libros VIII y X; de Marcelo, lib. XXII y siguientes; y las reflexiones que siguen hasta el verso *¡oh confusión, Senado!* son también del mismo. (Nota del Autor.)

(10) Ya, infiel Senado, el nombre de Tiberio.
Algun amigo instruido me notó de pueril esta alusión de nombres; mas cuando de una cosa pequeña se toma ocasión para una

Por rigor de los cielos ofendidos,
Es nombre para tí de vituperio.
Doblad los cuellos otra vez erguidos,
Sufrid el yugo, viles senadores,
Y al morir entre oprobios y rigores
Del tirano que bárbaro os denuncia
Cuando el puñal en vuestra sangre baña,
De aquel Tiberio recordad la muerte.
¡Ay! De su sangre la expiación es ésta,
Esta de vuestros padres fué la hazaña.
Ya, misera ciudad, sobre tu suerte,
De horror se cierra tímida mi vista,
Anegada en los negros horizontes
En que tu gloria á deshacerse vuela.
¡Ah! que rápida vuela, y de los montes
Corra bárbara gente á tu conquista,
Y la tierra infeliz ménos se duela
Bajo el cetro del vándalo, aunque odioso,
Que bajo el de esas fieras insolentes.
Que tú del orbe disponer consientes.
Si bien feroz, al fin ménos vicioso,
Triunfará de un imperio corrompido:
Sí, triunfará; que ese poder, que sacro
Llama afónico el orbe sometido,
No es ya más que un brillante simulacro;
Y decretando el cielo exterminarte,
A tus emperadores más piadosos
De hacer el bien eterno negó el arte.
No reinas ya por lazos poderosos,
Que sola puede la justicia darte,
Sino porque en el orbe envilecido
La virtud y el valor has extinguido.
Reinas hasta que guerra te presente
La primera que venga altiva gente.
Así tal vez magnífico edificio,
Disueltos ya los vínculos seguros
Con que entre sí de los enormes muros
La firmeza anudó sabio artificio,
Sólo en su inmensa mole se sostiene,
Y llegar suele á ver siglo remoto
A merced del acaso, hasta que viene
Súbito á combatirle el terremoto;
Que, de su peso entónces más vencido,
Da en tierra con horrisono estampido,
Y en fragmentos disuelto en un instante,
Memoria es ya que al pasajero espante.
Tal eres tú á mis ojos, y del seno
¡Oh ciudad infeliz! de estas ruinas,
Mi mente en sacras lucez ilumina.
¡Oh si fuese mi voz la voz del trueno,
Y en alas gloriosas de la fama
Volando, al lecho penetrase ¡oh reyes!
En que libres yacéis en esta hora
Del cerco horrendo que incansable os trama
La adulación traidora!
Oíd, dijera, dioses de las leyes,
Mi voz oíd; que por mi labio os clama
Desde Roma arruinada la justicia.
Ella los pueblos sostendrá propicia,
Que vagarán, de su favor desiertos,
Desalentados siempre, siempre inciertos.
No la depravación os amedrente;
Leyes que inspiren la virtud y ligen
La virtud y la fuerza estrechamente,
Triunfo veloz de la maldad consiguén.
Asilo un tiempo vil de malhechores,
Esta muerta ciudad la vió á su frente
En héroes transformar sus moradores.
Si renaciese así, no la domáras
Ni Africa inerte, ni Asia envilecida,
Ni América servil, ni Europa avara.
¡Reyes! pensad en Roma destruida,
Y esta noche os será noche de vida.
Mas si mi ardor con débiles lamentos
Fatiga en vano los callados vientos,
Por lo ménos, intrépidos hermanos,

grande, juzgo que está muy lejos este defecto; y así Bossuet, en su *Historia universal*, parte II, toma ocasión de aquel demente llamado Jesús, que fué muerto en el asedio de Jerusalén, para uno de los más elocuentes pasajes de su inmortal obra, muy libre de pensamientos pueriles. (Nota del Autor.)

Reciban vuestras sombras mis gemidos,
Que, en nombre de los siglos, son debidos
Al horror inmortal de los tiranos.
Y vosotros, del Erebo nacidos
Para norma de infieles magistrados,
¡Oh Násica y Opimio! destinados
Por el hado inclemente á la ruina
De la grandeza y la virtud romana,
Si el cielo la venganza soberana
En el yerto sepulcro no termina,
Que esclavizados á infernal cadena
Sobre ese anfiteatro lastimoso,
En llanto eterno humedezcáis su arena,
Y os acuerden las Furias sin reposo
Que os atrevisteis á romper críeles
Para siempre de Roma los laureles;
Y al ver el pasajero esta ceniza,
Que el ciclo en vuestro oprobio inmortaliza,
Os excrec cual yo, y en vuestro nombre,
A cuantos quieran degradar al hombre.

II.

VERSION DE UN FRAGMENTO DE *IL PASTOR FIDO*, DE GUARINI.

¡Oh Mirtilo, Mirtilo, vida mia!
Si vieses, por ventura,
Cómo palpita el corazón ardiente
Que llamas roca dura,
Tú lo compadecieras,
Y no piedad rendido le pidieras.
¡Oh, cuánto somos desgraciados, cuánto!
¡Qué dicha el ser amado te daría?
¡Qué bien supremo ser tan tierno amante!
¡Por qué, fortuna impía,
Separas tú los que el amor constante
Debiera unir? Y tú, ¡para qué juntas,
Ciega pasión, los que apartó el destino?
¡Oh dichosos aquellos
A quienes señaló naturaleza
Por ley sola de amor, amor divino!
Ley humana implacable,
Que das por pena del amor la muerte!
Si es el pecar tan dulce
Y el abstenerse tal virtud, amable
No eres, naturaleza, ni perfecta,
Pues repugnas su ley. ¡Oh ley odiosa,
Que tanto te lastima al reprimirla!
Mas ¡qué! no la amorosa
Pasión inflama al que la muerte huye.
¡Pluguiese al cielo que la muerte sola
Fuera á mi falta la debida pena,
Honestidad santísima, cadena
Que un alma bien nacida
Respeto siempre, cual sagrado núnem,
Esta pasión querida
Que he destrozado con el duro acero
De tu rigor, á tí yo la consagro,
Del corazón despojo lastimero.
Tú, Mirtilo, perdona, vida mia,
A quien sólo es críel cuando piadosa
No puede ser; perdona á la que es tuya
En las palabras enemiga impía,
Mas en su blando pecho oculta amante.
¡Quieres venganza? Ya la tienes. Ese
Fiero dolor que sientes penetrante
Es, más que tuyo, mio. Tú mi vida
Formas, tú eres mi aliento,
Aunque contrasten nuestro amor la tierra
Y el alto firmamento;
Así, siempre que lloras tu quebranto,
Esas lágrimas tuyas son mi sangre,
Tus suspiros mi alma, y esas tristes
Penas que gimes tanto
No son tormentos tuyos, que son míos,
Y á mí me despedazan más impíos.

III.

IDILIO.

EL ARA DE ROSELIA.

Al tiempo que la aurora rubicunda,
En busca del esposo malhadado
En argentadas lágrimas inunda
El alto monte y el humilde prado,
Roselia hermosa, en soledad profunda
El rostro de tristeza marchitado,
En llanto con la aurora competía
Y en llanto y en belleza la vencía.
Mueve el anra ligera sus cabellos,
Sin orden por los hombros esparcidos,
Y á la amargura de sus ojos bellos
Responde el sordo bosque con gemidos;
Bajan los lirios los altivos cuellos,
Del pesar de su ninfa doloridos,
Y asiendo el ceñidor, que suelto ondea,
Mírala Amor, y en verla se recrea.
Y aquel de dura piedra dios formado,
Ó de madre cruel más cruel hijo,
Viendo el tinte de rosa desmayado
Al lento embate del dolor prolijo,
Por la primera vez lloró apiadado,
Y á la pastora sollozando dijo:
«¿Por qué lloras, Roselia? ¿Quién, alevé,
Tu tierno pecho á maltratar se atreve?
»Yo no te he herido, hermosa; que mi mano
A golpe tan atroz no se ha atrevido;
Mas si fué tan dichoso algun humano,
Que de tu amor triunfara sin Cupido,
No llores más, oh pastorcilla, en vano;
Que luego aquí te invocará rendido,
Y al fuego de tu amor nuevas centellas
Haré verter al sol y á las estrellas.»
A cuya compasion inesperada
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha temerosa,
Y «No (le dice) de tu arpon tocada
Me ves, divino niño, así llorosa;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.
»Cual un rayo ¡infeliz! del crudo averno
Salió la muerte y me robó en un día
Un caro padre y un hermano tierno,
Sola familia y esperanza mía;
Y pues ya condenada á llanto eterno
Me tiene en tal rigor la parca impía,
Miseria, desolada y sin arrimo,
Mi suerte cumplo y sin consuelo gimo.
»—Pastorcilla inocente, Amor le dice,
¿Qué pronto curaré tu desventura!
Antes que el sol al declinar matece
Las nubes de su varia bordadura,
De Licon en el tálamo felice
Te inundará, zagala, la dulzura;
De Licon, que en riqueza y gallardía
Goza de este confin la primacia.»
Dice; y resplandeciendo en lumbre viva,
Sublime vuela entre la tierra y cielo,
Como tal vez exhalacion estiva,
Que en roja y blanca luz borda su vuelo:
Ya sobre el soto de Licon arriba,
Que cazando vagaba sin recelo,
Y un dardo envuelto en fuego le dispara,
Que al brillo del relámpago igualara.
Súbito á la memoria se presenta
Del bello jóven la infeliz pastora,
Y una inquieta piedad experimenta,
De amor más dulce dulce precursora;
Crece la oculta llama, más violenta
Cuando la causa del ardor se ignora;
Y sin saber que amor ya le domina,
En busca de su amada se encamina.
Guía el amor sus pasos, y ¡qué ciertos
Los pasos siempre son que el amor guía!
Camina alegre, y los vecinos huertos
Con miradas solícitas espía;
Luego le finge engaños encubiertos
Su trémula y bullente fantasía;

En fin, mira á su amada y se retira,
Y otra vez vuelve y otra vez la mira.
Mira el desmayo del semblante hermoso,
Y la desgracia en él mira pintada,
Y la centella de su amor piadoso
Ya brota en claras llamas exaltada;
Ya se conoce amante, y victorioso
Amor le hace postrarse ante su amada,
Y del amor brillándole el semblante,
Sólo dijo: «Roselia, soy tu amante.»
Ella, más admirada que amorosa,
La vista en él fijó, cuando Cupido
Un beso imprime en la garganta hermosa,
Que de ligero fuego va embebido;
Torna al labio el carmin, la leve rosa
A las mustias mejillas; ya encendido
Se le dilata el pecho, y son ya estrellas
Las dos ántes nubladas luces bellas.
Venciste, Amor, y en brazos de Himeneo
Roselia con Licon se goza unida.
Vuelan las negras penas al Leteo,
Y alza un ara al amor, do el dios de vida
Ciñe en lazo de rosas por trofeo
Un mundo, y esta letra allí esculpida:
«Amor es sólo, oh míseros mortales,
Sólo Amor es remedio á vuestros males b) (1).

IV.

FANTASÍA MÍSTICA.

¿Qué es el hombre ¡gran Dios! cuando, indignado,
A sí mismo lo entregas? Cual la nube
Que el sol, al tramontar, de mil reflejos
Lozanamente adorna, ó como el arco
Que, de siete colores matizado,
La vista encanta del suspenso pueblo,
Cuando la luz que las bellezas eria
En el mar se ocultó, pálida sombra
Solamente aparecen, para presa
Del primer huracán que los combata;
Así del hombre la belleza ilustre,
Que tu esplendor formaba, al ausentarte,
Tan fiera noche como el mismo Averno
Se torna al punto. Los horrores negros,
Que el reino de Pluton encierra torpe,
Son ya su esmalte. De tan crudo golpe
Defiende ¡oh Dios! al pueblo que te adora,
Defiende á tu Aletino.... Dulce amigo,
Los remos mira y destrozados troncos
Que el mar infaman, de naufragios tristes
Tristes insignias. ¿Ves aquella onda
Que el mástil lleva en que fué Teofrasto?
¡Memoria horrible! la venganza eterna
Parece que en las olas se ha sellado
De este alterado mar. ¿Quién lo esperará?
¿Quién de Teofrasto el triunfo no creyera
Cierto como el de Ambrosio ó Agustino?
Tronó, Señor, tu indignacion sagrada
Sobre el cedro del Líbano; del rayo
La furia abrasadora sus medulas
En cenizas deshizo; por el suelo
Ignoblemente yace el árbol sacro
Que á las reales águilas dió nido.
¡Oh Teofrasto! Las palmas victoriosas
Que tus sienas ceñían, son ya adorno
Del carro vencedor, en que se ufana
El rey de la malicia. Tan instable
Todo lo que no eres es, ¡Dios mío!
Mas no desmayes, Aletino amado.
No es vencido el que cae, si el socorro
De Aquel implora cuyo excelso brazo
Lo puede levantar. ¿Lo ves? parece
Que despues de tan tristes pensamientos
Me siento trasportar sobre la cima
Del Gólgota, en que encentra el alma mía
El perdido valor. Allí, amoroso,
Por mí clama el que debe ser oído.
Desde el sólio de nubes el Eterno

(1) Variante:

Remedio cierto á todos vuestros males,

Sobre él el rayo lanza, y desarmadas
Quedan sus iras. La inocente sangre
Borra de mi ruina el ya firmado,
Ya sellado decreto. Ya á un bandido
Se abren los cielos, á Abraham cerrados.
Tres horas breves las maldades limpian
De los pasados siglos y futuros;
Y el que entre cielo y tierra está pendiente
Para satisfacer por los delitos,
Ya espira, y en su muerte las cadenas
Y las puertas de bronce, y los cerrojos
De diamante, y los grillos acerados
En polvo se deshacen, cual la arena
Al aquilon violento se disipa....
Mortales, esperanza: no desmaye
El vencido; de nuevo al campo torne,
Por el combate el cielo. ¡Ay! instable
Todo lo que no eres es, Dios mío,
Ni es vencido el que cae, si te invoca.

V.

IDILIO.

PARA LA RENOVACION

DE UNA ACADEMIA DE LETRAS HUMANAS EN 1795.

¡Oh! en las dulces vigiliás
Antiguos compañeros,
Hustres amadores
Del apolíneo plectro;
Oíd lo que me inspira
El dios que mora en Défos,
Y de la sabia Pálas
Los suaves preceptos.
Del caudaloso Bétis
Yo vi los placenteros
Márgenes de celeste
Resplandor todos llenos.
El aire claro henchian
Armónicos acentos
De sonoras liras
Y cantos lisonjeros.
La aura espiraba grata,
Y aromas del Sabco
Causaban al olfato
Dulcísimo embeleso.
«Tu gloria es hoy, ¡oh Bétis!
(Cantaba un geniecuelo
Cuyo nombre en dichosas
Edades será eterno).
»Hoy Apolo y Minerva
En el feliz Tartesio
Contigo á tratar, bajan,
De restaurar sus templos.»
Los atrios admiraba
De aquel palacio régio
Do Bétis poderoso
Goza divino obsequio.
Estaba el dios marino
En su cerúleo asiento,
De verdes esmeraldas
Cuajado el áureo cetro.
Con majestad angusta
Ornaba el aposento
El árabe tesoro
En artes mil dispuesto.
Y de tus sabios hijos
Allí en dibujo diestro,
Hispális, Filodoco
Pintó los altos hechos.
Del oro recamados
Los argentados techos,
La vista deslumbraban
Con trémulos reflejos.
Ocupaban sus lados
Los númenes supremos,
Celestiales delicias
Al ánimo infundiendo.
Se via en la gran diosa,
No aquel ardiente ceño
Con que inflamaba argivos
Furores contra el Teucro;

Sino una blanda risa,
Un agrado halagüeño,
Y el esplendor hermoso
De su virgineo aspecto;
Mas de dorado manto
Ceñido el dios de Défos,
Del laurel coronado
Y el árbol sacro á Vénus,
En la izquierda tenia,
Insignia de su imperio,
La concha de áureas cuerdas,
Admiracion del cielo.
Con festivo semblante
Me llaman y «¡Oh Filenol
Ingrato, con un dulce
Enojo me dijeron:
»¿Tú tambien, á vulgares
Impulsos ya cediendo,
Desiertas del Parnaso
Los bosques siempre amenos?
»—Deidades adoradas,
Perdonad, dije, os ruego,
De un jóven ánn imberbe
El inconstante esfuerzo.
»Dejando los encantos
De mi nativo suelo,
Hado benigno, Bétis,
Me trasladó á tu seno.
»Tu márgen figuréme
Continuo repitiendo
De cisnes agradables
Los plácidos concertos.
»Mas ¡ay! nocturnos buhos
Vi sólo que en tus bellos
Pobos mansion hacian,
De tus orillas dueños.
»Cuando de tus clientes
Un número pequeño,
¡Oh Apolo! las fatales
Cadenas sacudieron,
»Sabes si generoso
Acaso, no el primero
Los insolentes golpes
Sufrí del monstruo fiero;
»Y si la docta lira
Desamparé algun tiempo,
No al desden vil y torpe
Entrada dí en mi pecho;
»Y ¡cuántas veces, dioses,
Mis penas entretengo
En su sonoro halago
Con no impune deseo?
»Que en la ciudad de Alcides
Es sólo noble objeto
Del andaluz caballo
El generoso aliento;
»Y más las sienas honra
El bátyo ornamento
Que todas tus sagradas
Coronas, ¡oh Timbreol!
»Rizar como una Táis
El preciado cabello;
Y despues rociarlo
Del parisiense unguento;
»En galon argentado
La lis por sobrepuesto,
De la infanzona estirpe
Muzárabe argumento;
»Este es, dioses, el arte,
Este el sublime empleo
Que á los hombres corona
De gloria y lucimiento.
»¿No ves cuántas estatuas
Del romano y del griego
De ilustres potentados
Ornan atrios soberbios?
»Las aras consagradas
A Píndaro y Homero,
Y á las graciosas Musas
Siempre ardiendo el incienso?
»Do deliciosas flores
Tantas artes nacieron,

Hoy ya silvestre acanto
El ámbito ha cubierto;
» Y la patria de Herrera
Escucha el són horrendo
Con que Cleon las drias
Ahuyenta á sus desiertos.
» Mas, bella hija de Jove,
Tu altar, que ya en fragmentos
Miseros destrozado
Profana polvo obscuro,
» Por tu sagrado padre
Restaurar te prometo,
Ni de la inculta turba
Temer el fatal eco.»
Gozoso el viejo Bétis,
Los brazos me echó al cuello,
Y su favor los dioses
Amantes me ofrecieron.
Pues ea, ya el infame
Letargo desechemos,
Cuando el Olimpo trata
De ensalzar el ingenio;
Y si Pálas alcanza
De Júpiter excelso
Premio á la dulce lira,
Por él luégo anhelemos.
Y si no, ¡oh noble gloria!
Á la alta region, léjos
De plebeya caterva,
Alzad osado vuelo;
Que al mérito algun dia
Tributará respetos,
Posteridad, tu juicio,
Tan libre como cierto.

VI.

CÁNTICO DE LA EUFIDIA.

Barbarie augusta,
Tu trono excelso
En vil escoria
Va á ser deshecho.
De tinieblas horrosas
Cubre á Hesperia triste velo,
Y el negro error, á su abrigo,
Propaga el pérfido cetro.
Mas la antorcha triunfadora
Amanece ya de Febo,
Y la turba envenenada
Se precipita al averno.
Barbarie augusta, etc.
Tímido el coro sagrado
Pasó el alto Pirineo,
Y sólo su dura Egida
Dió Minerva á nuestro imperio.
Mas volved, amables Musas,
Que ya el eufidiano esfuerzo,
Las cadenas quebrantando,
Triunfo os prepara soberbio.
Barbarie augusta, etc.

VII.

LA FORTUNA JUSTA.

JUEGO DRAMÁTICO.

FOR LA ELECCION DEL SEÑOR DON DIEGO ANTONIO
NAVARRO MARTIN DE VILLODRES, CANÓNIGO DE
CÓRDOBA, PARA EL OBISPADO DE LA CONCEPCION
DE CHILE.

INTERLOCUTORES.

BUEN GUSTO. Tenor.
FILOSOFÍA. Contralto.
BARBARISMO. Bajo.
RELIGION. Tiple.

Amicum perdere est damnorum maximum.
PUBLIO SIBO, Sentencias.

BUEN GUSTO.

¿Lo pudieras creer, Filosofía?
Después de aquellos tiempos tenebrosos,

¿Pudiera yo esperar tan claro día?
Ya llegan los instantes venturosos
En que el angusto pastoral cayado
De las tímidas Musas es amado,
Que ahora encuentran un sabio valimiento
Donde ántes sólo hallaban escarmiento.

FILOSOFÍA.

¿Tanto, amigo, llevarte el gozo pudo,
Que mi triunfo no ves y mi alegría?
Hermanadas serán en dulce nudo
La Religion y la Filosofía,
Y después de pasar los Pirineos,
Se verán en los Andes mis trofeos.

BUEN GUSTO.

Las Musas, lagrimosas,
A Júpiter pidieron
Que en los llanos de Chile
Estableciese su abatido imperio.
Sola pender se via
En el bosque de Bengo
La trompa con que Ercilla
Cantó del gran Caupolican los hechos.
Si la espada y la lira
Unirse entónces vieron,
La lira más amables
De la voz del pastor hará los ecos.
La gloria de Aganipe
Gozará Biobio (1) presto,
Como ya sus arenas
Las del claro Pactolo oscurecieron.

FILOSOFÍA.

Nueva aurora amanece
De Tucapel al suelo,
E Híberi á la Mocha (2)
Trasmite de sus frutos lo más bello.
A los hombres feroces
Domar no pudo el hierro,
Y los domó Mercurio;
Que es divina la fuerza del ingenio.
Así, Arauco dichoso,
Doblegarás tu cuello
A unas manos inermes
Cuando las tuyas héroes deshicieron.
Ondearán las insignias
Del Dios en la cruz muerto
Entre los altos riscos
Que argentan el Cariboro y Duqueco.

BUEN GUSTO.

Pasa, Talía,
Al claro reino
En donde baña
Su carro el sol.

FILOSOFÍA.

Y pues de Aténas
Yace el Liceo,
Escoge Urania
La Concepcion.

LOS DOS.

Y que compitan,
En artes émulos,
De Grecia y Chiloe
Las archipiélagos.

BARBARISMO.

Pues por cierto, señores,
Que esta eleccion á mí no me complace.
Yo el Barbarismo soy, que mis pendones
Tremolo entre mis fieros patagones,
Y aún conservo en España todavía
La prole de mi antigua algarabía.
Un obispo: que estudie el *Ritual*,
Regula cleri y el *Pontifical*.
¿Qué tiene que saber si el viejo Homero
Es en sus descripciones verdadero,
Si Terencio fué griego ó africano,

(1) Biobio, rio de Chile. (Nota del Colector.)
(2) La Mocha, nombre dado á la ciudad de La Concepcion, de Chile. (Idem.)

Y Virgilio fué sármata ó romano?
Vuestro obispo ha aprendido cinco lenguas,
Sabe lo que pasaba en Grecia y Roma,
Lo que estudian los chinos y japones,
Lo que se hacia en tiempo de San Braulio,
Y mil cosas que no le han ayudado
En las dos ocasiones
Que la iglesia de Córdoba ha mandado.
Lo que le habrá servido
Es estudiar los libros *Colosales*,
El gran *Decretum* y las *Decretales*.
Que pase á Patagonia en hora buena
Una fragata de estos libros llena,
Y, si quiere, la puede rellenar
De Goudin, de Gonet, de Billuart;
Pero ¡no ha de llevarme á mí el demonio
Si miro en el imperio Patagonio
Ediciones de griegos y romanos
Ad usum serenissimi Delphini,
Y el Catulo en la imprenta de Violini?
¡Ojalá que á mis votos
En el cabo de Hornos se mostrara
El espectro que á Vasco en el opuesto (1),
Y todos estos libros devorara.
Por lo demás, vuestro prelado es bueno,
Tan bueno y justo cual si fuera mio;
Pero por este lado no lo fio.

Lleve el diablo
Tan malos libros;
Que en pasta fina
Buena doctrina
No puede haber.
Son invenciones
De Heresiarcas;
Libro en octavo
Sólo con rabo
Se puede hacer.

BUEN GUSTO.

¿Te ries?

FILOSOFÍA.

Risa y rabia al mismo tiempo
Inspiran sus estóllidos furoros;
Pero más bien á llanto me provocan,
Pues, aunque en necio dichas, son historias
Las que está refiriendo de sus glorias.

BARBARISMO.

Siempre, amigos, habeis por mí sudado,
Y contra vuestros limpios escuadrones
Triunfan frecuentemente mis ramplones.
Este obispado
Está mal dado.

BUEN GUSTO Y FILOSOFÍA.

Un obispado
No hay mejor dado.

BARBARISMO.

Rabio de ira
Contra el autor.

BUEN GUSTO Y FILOSOFÍA.

Rabia de ira
Contra el autor.

BARBARISMO.

No aprobará por cierto
Tal eleccion
La Religion.

BUEN GUSTO Y FILOSOFÍA.

Aprobará por cierto
Tal eleccion
La Religion.

RELIGION.

Calla, necio. Tú, dulce hermano mio,
Y tú, mi cara hermana, luz del mundo,
Que unisteis á los míos vuestros brazos

(1) Alude á la aparicion del gigante *Adamastor* á Vasco de Gama en el cabo de Bueno-Esperanza, que refiere el mismo Vasco al Rey de Melinde, en el canto 7 de *La Lusada*, de Luis de Camoens. (Nota del Colector.)

En tiempo de Cipriano y de Agustino,
Hasta que un golpe de fatal destino
Rompió la santa union de nuestros lazos;
Venid, venid á celebrar conmigo
A vuestro dulce alumno y nuestro amigo.
El solo Autor de la sabiduria
Padre es de vuestra luz y de la mia;
Renovemos los tiempos bienhadados
Que, en grillos de diamantes estrechados,
De la vida mostramos el camino
Contra el error de Celso y de Plotino.
Y tú, monstruo, que sólo
Entre el polvo del aula te engrandeces,
Y para combatir de armas careces,
Con nosotros ahora, en justa pena,
El triunfo cantarás que te condena.

Á CUATRO.

Cansada la fortuna
De su misma injusticia,
En tí, por fin, propicia
El mérito premió.
Ya te miré en la cuna
Con plácido semblante;
¡Ojalá en adelante
Te ame como te amó!

LICENCIA.

Por fin, de tus amigos
Vas, prelado, á ausentarte;
De tus tiernos amigos,
Tiernos como constantes.
Dejas tu amada iglesia,
Que no podrá olvidarse
De quien su guía ha sido
En todos sus afanes.
Que te sea propicia
La diosa de los mares,
Y empujen sus neréidas
La venturosa nave,
Que apenas Quirigisma
Te ofrezca el homenaje,
La iglesia del gran Osio
A su silla te llame.

Si Fortuna su curso no tuerce,
Y del bien se arrepiente mudable,
Envidiosos, oh Carlos, no estemos
Mucho tiempo del Máipo y del Mánle (1).
Por dos veces el Bétis gozoso,
Sometido á su mando agradable,
Gime y llora de ver que su dicha
Se traslada al Biobio distante.
Si á los votos de tiernos afectos
Sus decretos el cielo prestase,
Fuera amago la dicha del Laja,
Nuestro llanto cesára al instante.
Entre tanto la dulce esperanza,
Que mitiga las penas más graves,
Será alivio de tantos amigos,
Para quienes un año es muy tarde.

VIII.

A JESUS EN EL SEPULCRO.

Himno.

¡Oh serafines!
¡Oh coro excelsos!
Cantad victorias
A Jesus muerto!
Gocé mi amado
Triunfos eternos,
Pues destruido
Deja el averno.
De amor herido
Yace mi dueño,
Y amor espira
Cadáver muerto.

(1) Ríos de Chile. (Nota del Colector.)